

UNA APROXIMACIÓN A SANTA ROSA DE LIMA



Lic. Rosa Carrasco Ligarda

Docente del Departamento de Educación

Debió ser un día pleno de luz el 30 de abril de 1586 cuando se escucharon muy cerca al Rímac, los primeros sollozos de una pequeña a la que llamaron Isabel en honor a su abuela Isabel Flores. Era hija de Gaspar Flores, un español y una criolla, María Oliva. Fue bautizada muy pronto, el 25 de mayo del siguiente mes. Años después sería confirmada por Santo Toribio de Mogrovejo en el pueblo Quivis, donde su padre consiguió un trabajo como administrador de una mina.

Cuando la niña tenía alrededor de tres meses, Mariana una niña negra que la estaba mecendo para que se durmiese, le destapó el rostro para ver si ya se había dormido y lo vio tan hermoso que llamó a otras niñas que ahí estaban y a doña María Oliva, todas vieron con asombro que el rostro de la pequeña estaba como si "hubiesen puesto su cabecita sobre una rosa muy grande de un color encendido". Y su madre exclamó: "Hija a partir de ahora no vas a escuchar otro nombre sino Rosa". Hecho

que disgustó a su abuela que la seguiría llamando Isabel. Pero a Rosa le entristecía que la llamen con un apelativo que estaba relacionado con la belleza, hasta una circunstancia que le hizo cambiar de parecer. Cuando ya tenía veinticinco años acudió a confesarse y comentó al religioso su desazón por su nombre. Él le respondió que no tenía por qué afligirse ya que "su alma era una rosa de Nuestra Señora, que la había puesto en su cuerpo para que la guardase y que procurase conservarla con la hermosura de la gracia". Luego de esa confesión se hincó ante la imagen de la Virgen y le ofreció su nombre, desde entonces pedía a todos que la llamasen Rosa de Santa María.

Rosa de Santa María orientaba todo su quehacer hacia la vida espiritual, incluso aspectos aparentemente sin importancia como la posible banalidad de su nombre. Esa inclinación por la mística la desarrolló desde niña y fue estimulada por la educación y el ejemplo de sus padres en su propio hogar. Es en ese ambiente donde escuchó narraciones sobre algunas vidas de santos que habían hecho la promesa de seguir la fe desde pequeños, incentivada con ese ejemplo a los cinco años prometió a Dios ofrecerle su vida, de esta manera se dedicaba constantemente a la oración y empezaría a realizar algunos sacrifi-

cios y mortificaciones mientras otros niños jugaban.

Rosa crecía espiritualmente y también en hermosura, fiel a su promesa no deseaba usar adornos ni galas. Pero como es natural, su madre deseaba verla arreglada como las otras doncellas y le invocaba constantemente a que se pusiese vestidos, adornos y aromas; hacía lo imposible porque se arregle el cabello a la moda de entonces; sin embargo, jamás pudo lograrlo, pese a que los castigos reiterados, incluso aporreos, pellizcos, tirones de los cabellos o azotes con una vara de membrillo; más podía su decisión. Pese a todo, tenía que aceptar ciertas exigencias, como la orden que se pusiese unos guantes para embellecer sus manos y no se los quitase; Rosa se los puso y cuando su madre le pidió que se las muestre, estaban totalmente ampolladas y quemadas por las sustancias que contenían los guantes.

Todo lo sufría en silencio y procuraba que su rostro no manifestase sus sacrificios y ayunos. Sabemos que al final de su vida casi no se alimentaba sino con unas cuantas semitas (panes) que comía a la semana. Según manifestaron los que la conocieron, había pedido a Dios que sus sacrificios quedasen ocultos a los demás y realmente fueron muy pocos los que sabían algo de ellos; sin embargo, ha-

bía aspectos de su vida que eran conocidos, pues su fama crecía en Lima y llegaba incluso a algunos lugares alejados del Perú.

En su decisión de seguir la vida ascética tuvo una maestra por excelencia: Santa Catalina de Siena. Siendo aún pequeña Rosa había escuchado una lectura de la vida de la santa dominica y se sintió identificada con su anhelo de servir a Dios por lo que sin ser religiosa decidió cumplir sus reglas. Su gran deseo sería fundar un monasterio bajo su advocación, así a los veinte años empezó a llevar el hábito dominico junto con otras doncellas que también anhelaban esa fundación; sin embargo, la creación del Monasterio de Clausura Santa Catalina, que actualmente existe en Lima, sólo se concretaría siete años después de su fallecimiento, esto es en 1624. Pese a ello, su vida se desenvolvía, en la medida de lo posible, como si estuviera en un monasterio de clausura. Evitaba el salir y las visitas, para concentrarse plenamente en la oración.

Simultáneamente, también dedicaría su tiempo a conseguir medios económicos para el sustento de su familia que era numerosa y muy pobre. Su padre cuando se casó, tenía alrededor de sesenta años y su madre diecisiete, como dentro de las características de la época no había ingreso económico permanente, Rosa bordaba y cosía constantemente, pero la remuneración era escasa, pese a que dedicaba todo el día a esa labor, al mismo tiempo que oraba y cumplía las labores de su casa y atendía a sus padres y hermanos. Durante la noche continuaba orando y ha-

ciendo sacrificios y dormía dos o tres horas.

Dentro del concepto de religiosidad de la época, se entendía que el sacrificio personal era esencial para el desarrollo espiritual, se acostumbraba el uso de silicios y en general, el tormento físico, como una manera de contribuir a la redención de los pecadores. Dentro de este criterio, se comprende que el camino de la santidad significa desprenderse de los afectos a las satisfacciones terrenas, en una dinámica en la cual el alma se va decantando para actuar cada vez más en coherencia con lo que es la voluntad divina, que de acuerdo a Santa Teresa de Jesús es vivir "Como Dios quiera, cuando Dios quiera y lo que Dios quiera".

En esta búsqueda surgen dificultades y Rosa de Santa María las tuvo, por una parte las presiones de su propia familia a fin de que dejase ese camino que no entendían y consideraban que les hacía sospechosos ante la Santa Inquisición; motivo por el cual constantemente la regañaban y su madre en todas las ocasiones que podía, comentaba que no estaba de acuerdo con las prácticas religiosas de su hija. También hubo religiosos que le aconsejaron que dejase ese camino, hasta que finalmente encontró confesores que sí la pudieron orientar adecuadamente. Además como en esa época toda joven debía contraer matrimonio o ingresar en un monasterio y Rosa era únicamente una beata. Por esta razón, su madre aceptó la propuesta de matrimonio de una dama acaudalada que tenía un hijo único, ya que significaba la solución de los

problemas económicos de la familia. Sin embargo, Rosa no aceptó, pese al mal trato verbal y físico y a las increpaciones de sus familiares.

Amaba tanto la gracia que comentaba que si supiéramos lo que era realmente, dejaríamos todo por procurarla. Por eso buscaba un espacio en su casa para retirarse y realizar su oración con tranquilidad. Con la ayuda de su hermano Hernando construyó una ermita, que actualmente se puede visitar, y en medio de su oración también entonaba cánticos. Según testificó una joven denominada Caterina, durante la última cuaresma de su vida vio que a las cinco de la tarde llegaba al jardín un ruiseñor al que Rosa le decía: "*Pajarito ruiseñor alabemos al Señor, tú alaba a tu criador yo alabaré a mi salvador*", entonces empezaba a cantar y cuando se callaba continuaba el ave cantora, y en este ejercicio se entretenía alrededor de una hora.

Para poder seguir su vida de oración y sacrificio sin tantas presiones en su hogar, los últimos cinco años de su vida Rosa de Santa María fue a vivir con la familia de la Massa, de connotado prestigio por su piedad y virtud: don Gonzalo de la Massa, su esposa doña María de Usátegui y sus dos hijas pequeñas, Micaela y Andrea, la acogieron como a otra hija. Sin embargo, constantemente acudía a casa de sus padres para apoyarlos y socorrerlos en sus necesidades, ya que las distancias de la Lima de entonces no eran mayores.

Rosa también realizaba obras de caridad. Dentro de sus

posibilidades trataba de ayudar a personas necesitadas y por su intermedio muchos ayudaron a otros y ésta fue la razón por la que conoció a la familia de sus protectores, ya que Rosa les envió una carta solicitándoles su ayuda para una persona necesitada. Además, ella misma procuraba apoyar a enfermas, incluso las recibía en su propia casa, como su madre alquilaba un cuarto para huéspedes, una vez ayudó a una joven enferma pagando ella el costo del cuarto sin que se enteren, para poder atenderla hasta su restablecimiento. Otras veces acudía a casa de señoras que conocía cuando sabía que una esclava estaba enferma para atenderla e incluso se quedaba a veces algunos días, rasgo que sorprende en una época en la que los esclavos interesa-

ban únicamente por su capacidad laboral.

La vida de Rosa de Santa María fue corta y su salud se fue menguando y después de veintidós días de una dolorosa enfermedad con terribles sufrimientos que se hicieron cada vez más agudos, en los que no obstante mantenía una admirable paciencia y confianza en Dios, entregó su alma. La noche del 23 de agosto se despidió de las personas que la rodeaban y pidió a Luisa de Santa María que "tocase la guitarra pasito y le cantase algo que le levantase el pensamiento", luego pidió a algunas jóvenes que estaban ahí que fuesen a orar. Poco antes de las doce y media se le escuchó decir: "Jesús, Jesús sea conmigo" y cerró los ojos. Rosa había pe-

dido a Dios que dé paz a los que allí se encontraban y todos sintieron un gran consuelo y tranquilidad. Fue enterrada con el hábito dominico y fue acompañada por el Virrey, la Real Audiencia, todas las órdenes religiosas, autoridades y toda la ciudad. Ocho días después se abrió el primer expediente con los testimonios de su vida.

Así se extinguió la vida de la doncella peruana que influyó más que nadie en la evangelización del Perú y América, ya que su nombre se remontó sobre las estrellas y contribuyó a que muchas jóvenes y varones opten por la vida religiosa o cambien su vida en la búsqueda de la virtud y el bien, guiados por el amor a Dios por sobre todas las cosas.

